

Casiano de Prado en su *Descripcion física y geológica de la provincia de Madrid* (que presentaba evidentes indicios de extremada antigüedad, y fué extraído de una mina de cobre de Asturias, titulada *El Milagro*), son dolicocefalos tambien, y todos semejantes entre sí. Fundándose en las exactas y minuciosas medidas y descripciones de M. Paul Broca, el mismo profesor afirma ser estos cráneos esencialmente iguales á los de los guipuzcoanos, que á su vez son extremadamente parecidos á los cráneos de los Guanchos, segun la competente autoridad de Virchow.

VIII.

CONCLUSION.

De lo expuesto se deduce que una raza semejante quizás á la que ahora ocupa las regiones hiperbóreas, habitaba gran parte de Europa, extendiéndose hasta el centro de España en época tan inmensamente apartada de la actual, cuanto que hay motivos para creer haya cambiado desde entónces la faz de la tierra que habitamos.

Esa raza alcanzó la época glacial; presenció las erupciones de volcanes ya extinguidos; habitó profundas cavernas cuyos suelos cubren hoy enormes estalagmitas; cazó animales desaparecidos ya del mundo; rios, cuyo curso ha cambiado, arrastraron á veces sus cadáveres; y su ruda y precaria existencia y su disputada supremacía en este continente se prolongó hasta la aparicion de otra gente, cuyos monumentos, armas, útiles y costumbres la separan y diferencian notablemente de sus ménos bien armados precursores á quienes acaso suplantaron.

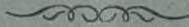
Esta más moderna pero antiquísima raza tambien, no es, aparentemente, referible á la ária; y, aunque carecemos de los necesarios datos para juzgar con acierto de qué punto del globo pudiera haber llegado á Europa, é ignoramos aún si este punto se halla en la actualidad sobre las aguas ó no, razonables conjeturas nos hacen in-

LOS
HABITANTES PRIMITIVOS

DE ESPAÑA

POR

G. MACPHERSON.



MADRID:

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^a
(SUOCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1876.

Pedro Blanco J.

R. 12881

169

1894.

97/77489

52/49976

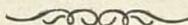
LOS

HABITANTES PRIMITIVOS

DE ESPAÑA

POR

G. MACPHERSON.



MADRID:

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^a
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1876.

"ESTUDIO"
LEGADO
PEDRO BLANCO SUAREZ

- I - Introducción -
- II - La raza aria y los aborígenes de Europa
- III - La lengua vasca -
- IV - El pueblo ibero.
- V - Vestigios de la lengua vasca -
- VI - La raza Turania.
- VII - La Atlantida.
- VIII - Conclusion -



MADRID:

IMPRESA ESTEREOTIPICA Y GALVANOPLASTICA DE ANIBAL Y C.

(Imprenta de Anibal y C.)

IMPRESOR DE CÁDIZ EN

Calle del Puerto de S. Pedro, número 12.

1876

LOS HABITANTES PRIMITIVOS DE ESPAÑA.

I.

INTRODUCCION.

Las naciones que más han progresado por la senda de la civilización, y que, por consiguiente, más distantes se hallan de su punto de partida, son las que mayor interés sienten en ver desvanecido el trascendental misterio que envuelve su cuna, y más se afanan para esclarecer la historia maravillosa de su constante evolución.

Al civilizarse el hombre, y al darse cuenta de su existencia en el mundo, surge ante su razón, cual si fuera por espontáneo impulso, el problema de su origen mismo; y, penetrando entónces la inteligencia en el tradicional pasado, procura comprender la realidad de los hechos que se divisan en el lejano horizonte de nuestra historia, deformados por la densa niebla de la poesía y del mito.

Los pueblos, en general, poseen, cuando ménos, tradiciones de lo que juzgan su primitiva existencia; y apenas podrá citarse tribu de salvajes que no acierte á narrar historias más ó ménos grotescas para explicar cómo se inició su vida sobre la tierra y hacer ver quienes eran sus remotos antepasados. Desde estas incongruentes tradiciones, mitologías, leyendas, sagas ó extravagancias, hasta el cúmulo de datos comprobables y depuradas deducciones que exige la moderna ciencia de la historia, existe un abismo que intentan salvar quienes se proponen recorrer tranquilamente y sin timidez tan escabroso cuanto desconocido terreno.

Contentábase el historiador no ha muchos años, con lo que acerca de nuestra primitiva historia hallaba escrito en los libros que por luengos siglos fueron el único patrimonio científico del mundo occidental; y sólo alguno que otro comentario, deducido tal vez de los textos mismos que servían de base á sus apreciaciones, era lo que por lo comun se permitía añadir á dichas tradiciones y noticias, que radicaban en hechos, sin duda alguna, pero en hechos frecuentemente desvanecidos en la memoria humana, y metamorfozados una y otra vez en el caleidoscopo de nuestra imaginación.

Para investigar debidamente los orígenes de nuestra especie, se requiere hoy tal cúmulo de conocimientos que raya casi en lo imposible poder abarcarlos todos, y temeraria empresa sería tratar de recorrer, fugazmente siquiera, el vasto campo científico que se desarrolla ante nuestra vista.

Nuevas fuentes históricas p.^a los orígenes de la Humanidad -

Rehevo libros históricos.

Los libros de las naciones de occidente no son ya los únicos que han de ayudarnos en el esclarecimiento de la antigua historia de la humanidad. El oriente, ántes region de ensueños, de fábulas y de hadas, como dice Max-Muller, ha llegado á convertirse en tangible realidad; y, descornado el espeso cortinaje que de ese quimérico escenario nos separaba, allí aparece el venerable hogar de la mayor parte de los pueblos europeos con su definido contorno y con sus vívidos colores. Así, pues, á la extraña literatura de aquellos antiguos pueblos tienen que recurrir quienes aspiren á conocer cuanto, escrito por los hombres, puede relacionarse con la alborada de nuestra actual civilización; debiendo agregar los libros de la India y de la Persia, y aún los de otras naciones orientales, á la larga lista que hasta hace poco consultaba el historiador, deseoso de contemplar y describir las causas productoras de nuestro inmenso desarrollo.

Restos hisóricos de los antiguos imp. orient.

Esos jeroglíficos que cubren las soberbias reliquias del vetusto Egipto, y que, á juzgar por recientes progresos en el arte de su interpretación, tal vez lleguen á leerse como en tiempo de los Farao-nes; esos nobles restos que diariamente se descubren de las venerandas ciudades descritas en la Biblia, muestras gloriosas sepultadas bajo la planta de más modernas y ménos cultas naciones de aquellos

antiguos imperios, cuya grandeza jamás imaginamos que pudiera quedar patente á nuestros ojos; esas esculturas, esos relieves que atestiguan los ritos, las artes, las costumbres y el grado de civilización de aquellos pueblos; esas inscripciones en bronces, en piedras y en barro descifradas hoy, gracias al asiduo trabajo y al acumulado ingenio de tanto sabio orientalista ó egiptólogo..... son documentos preciosos archivados por la mano de la naturaleza,—ménos destructora á veces que la del hombre,—indispensables de conocer y consultar para formarnos cabal idea de los antecedentes de nuestra especie.

Lingüística histórica

El profundo análisis de las lenguas que hablan hoy y hablaron en otro tiempo los diversos pueblos que ahora ocupan ó ántes poblaron la tierra, ha llegado á ser también eficazísimo medio para conocer las afinidades existentes entre las distintas razas de humanos seres; para averiguar su comun historia; para trazar su comun origen, y descubrir entre gentes separadas por enormes distancias más estrechos vínculos de parentesco, que los que existen quizás entre habitantes de provincias limítrofes.

Antropología

El detenido estudio del cuerpo humano mismo, y la observación concienzuda de las peculiaridades residentes en los organismos de los que formamos actualmente las varias agrupaciones de hombres, son igualmente indispensables para dilucidar nuestro origen, y comprender las leyes de nuestra constante mudanza.

Arqueología

La atenta contemplación de esas colosales y toscas demostraciones de la intervención de la mano del hombre; de esas construcciones megalíticas, de cuyo origen nada nos dice la historia, ante cuya vista enmudece el arqueólogo, que nos hemos contentado con llamar sencillamente piedras drúidicas ó monumentos celtas, y que se denominan hoy dólmenes y túmulos, y transitoriamente es de esperar, cromlechs, crannoges, pfahlbauten, kiokenmodings ó terramares, obras que construyeron ó acumularon nuestros antepasados;—altares, sepulcros, fortalezas, habitaciones ó muladares, cuya magnitud extraordinaria nos hizo á veces pensar en razas de titanes—en cíclopes y gigantes—silenciosos testimonios de la vida de los anti-

2
 guos pobladores del mundo, diseminados por todas partes, y ostentados en España con más exuberancia quizás que en otra region alguna; la observacion inteligente de esas hachas y de esos útiles de piedra, que hasta hace pocos años se conocian en ambos hemisferios con el caprichoso nombre de piedras de rayo, y que patentizan, no obstante, con su diverso tamaño y forma el arte rudimentario y la infantil industria de sus antiguos dueños; el exámen minucioso de esos instrumentos, adornos y amuletos usados, apreciados, venerados acaso por los que nos han precedido, y recogidos hoy en los campos que surcan nuestros arados, ó en los antros que habitaron nuestros abuelos cuando aún no habian aprendido el arte de labrarse sus propias mansiones; esa ciencia, en resúmen, fundada sobre tan sólidas bases por Boucher de Perthes sobre los deleznales depósitos diluviales de Moulin-Quignon, es indispensable (quizás más indispensable que otra alguna, pues, hasta cierto punto las resume todas) para dar á conocer las verdaderas maravillas de nuestra historia y patentizar esa sorprendente aptitud proteica de nuestra especie, que multiplica por el tiempo culmina en nuestro pacto social.

Mitología -

Por otra parte, el perfecto conocimiento de las ceremonias, de los ritos, de las preocupaciones y de las costumbres todas de los pueblos actuales, especialmente de los que viven en lugares donde nuestra civilizacion aún no ha penetrado, sirve poderosamente, en union de otros datos, para deducir lo pasado; pues la claridad perfecta de lo que ahora son los hombres, es firmísimo sosten para establecer lo que pudieran haber sido los hombres que nos antecedieron.

Paleontología -

Y, además, es necesario recordar que en los estratos que envuelven la tierra suelen hallarse vestigios de la industria, de las luchas, de los extraños usos de nuestros semejantes, y aún sus propios restos fósiles.

En el terreno cuaternario bajo potentes capas de acarreo, en los lechos de antiguos rios, bajo la lava de extinguidos volcanes, y aún acaso en el terreno terciario mismo, se hallan evidentes pruebas de la existencia de los seres cuyo inmenso trabajo hizo más amena para sus sucesores la madre tierra que habitamos. Debajo de la gruesa esta-

lagmita de las cavernas que los siglos lentamente acrecieron con el invisible carbonato de cal disuelto en las gotas de agua que se desprendían de aquellos techos, se ven sus huesos, sus armas, sus utensilios, los restos de sus festines, y aún las manifestaciones de su estética en union de los destrozados esqueletos de animales desaparecidos ya del mundo. Allí, en aquellos períodos inmensamente apartados de la época presente, cuando vivían en nuestra cultivada Europa el oso y la hiena de las cavernas, el rinoceronte tichorinus y el colosal mammoth, debemos imaginarnos á nuestros remotos antepasados luchando en incesante contienda, con escasas fuerzas y con exiguos medios contra aquellas y otras potentes fieras, que, disputándose el predominio en la tierra, vivían á la sazón en su inmediata proximidad, pero que sucumbieron al fin, merced á la energía é inteligencia que aquellos humanos seres poseían y supieron desplegar para salvar su existencia y el porvenir de su raza.

Debemos tratar de reconocer en aquella época misteriosa los elementos generadores de nuestra actual civilización, buscando los ocultos eslabones de la inmensa cadena que, sin solución de continuidad, constituye lo pasado y lo presente.

Quienes traten, pues, de esclarecer sucesos acaecidos en la niñez de la humanidad y en la oscura noche del inmemorial pasado, dedicándose á esa moderna ciencia llamada Prehistoria, para interpretar los enigmas que brindan á la inteligencia esas piedras y esos huesos, —las más fehacientes crónicas que de aquellos períodos nos restan,— necesitan, después de pedir auxilio á las bibliotecas del mundo entero para recoger destellos de luz siquiera, que mitiguen la densa oscuridad que los rodea, apelar á las hermanas ciencias, la lingüística, la arqueología, la etnografía, y sobre todo á la geología, si desean que la verdad sea el término feliz de sus trascendentales exploraciones.

10 — Nuestros conocimientos no son los necesarios ni aún para dar idea adecuada de los datos acumulados recientemente por estas distintas ciencias para dilucidar tan interesante asunto; y sólo presentaremos algunos breves apuntes referentes á la materia que, sin pretender

que sirvan de solución á problema alguno, acaso tengan interés para quienes deseen conocer cuanto pueda relacionarse con la historia de los primitivos habitantes de este país.

II.

LA RAZA ÁRIA Y LOS ABORÍGENES DE EUROPA.

Por sus caracteres físicos dedujo Blumenbach que debían considerarse todos los habitantes de Europa como individuos de una sola raza, —que denominó Caucásica, por creer que las montañas del Cáucaso eran su verdadero centro de irradiación. Adelung más adelante, y Guillermo Humboldt, Bopp, Schleicher y otros etnógrafos alemanes, fundándose especialmente en datos lingüísticos, asentaron que la patria común de los europeos debía trasportarse más aún hácia el Oriente. Demostraron que, unidos á Persas y á Indios, constituíamos una gran raza, que denominaron Indo-Germánica,—denominación después rechazada por razón de que no sólo los pueblos que forman la Alemania, sino muchos otros, además, debían incluirse en un importante agrupación.

Sustituyóse, pues, con el ménos exclusivo nombre de raza Indo-Europea ó de raza Irania ó Aria (de Iran ó Aria, como el reino de Persia se apellidaba cuando sus límites se extendían más hácia Oriente, incorporándose con el Afganistan y el Belouchistan, en cuyo ámbito se hallaba el Aryavarta ó la tierra santa de los bramines).

Nadie duda hoy que del Asia procede la mayoría de los pueblos de Europa, y que su cuna se encuentra en la región actualmente constituida por la Persia y parte del Indostan; pero cuándo y cómo se verificó desde aquel centro la emigración á Occidente, cuestión es que aún se halla envuelta en la oscuridad. Parece comprobado, sin embargo, que los que, abandonando su primitivo hogar, vinieron á establecerse en Grecia y en Italia, y que tan prodigiosamente impulsaron nuestra civilización, emprendieron su marcha al Helesponto por el Asia Menor, al sur del mar Caspio y del mar Negro, y que los que

más adelante fueron conocidos con los nombres de Celtas, Germanos y Eslavos siguieron su camino á Europa corriéndose al norte de estos mismos mares.

Parece probable que fueran sucesivas estas emigraciones, como igualmente lo es que los Griegos y Romanos precedieran á los diversos pueblos que, bajo distintos nombres, se dispersaron más adelante por Europa.

Y, por último, también es probable trascurrieran luengos siglos entre los primeros y últimos Éxodos de aquella pátria comun, de donde han emanado, al evolucionarse en adecuado medio, las más potentes naciones del mundo.

Aunque se admita, sin embargo, que la generalidad de los pueblos europeos pruebe por la tradicion, por la historia y por otros testimonios áun más concluyentes, su íntima conexion con este gran tronco cuyas ramas se extendieron tan vigorosas hácia el ocaso, no se deduce de ello la no preexistencia en nuestro continente de otra ú otras várias razas de hombres cuyo inmediato origen fuese distinto.

Corroboran esta presuncion las tradiciones allegadas por Griegos y Romanos, que revelan la existencia de autóctonos ó aborígenes en los países que vinieron á habitar. Llenas se hallan sus leyendas mitológicas de incidentes que parecen referirse á luchas encarnizadas habidas con los pobladores de las regiones que conquistaron, y los hechos de sus dioses y semidioses, y las hiperbólicas hazañas de sus héroes contra titanes y gigantes, acaso sean reminiscencias de las sangrientas guerras sostenidas contra las gentes que desde remotos tiempos habitaban la Europa, y á quienes al fin llegaron á dominar ó á extinguir en las regiones que ocuparon.

Por causas análogas, tal vez, en la Italia mitológica aparecen establecidos en Sicilia los Cíclopes, — probablemente los naturales de aquella isla, — y á quienes se atribuyeron las grandes construcciones llamadas ciclópeas que en diversas partes de nuestro continente excitan el asombro ó la curiosidad del hombre observador.

Vemos, pues, que la tradicion parece indicar la existencia de humanos seres en Europa, ántes de ser ocupada por los invasores de Oriente, hecho confirmado por los antiguos historiadores, quienes con-

sideraron como autóctonos no sólo á los Pelasgos, que ocupaban aparentemente una gran extension de Europa, sino tambien, entre otras gentes, á los Sicanos, que habitaban el Sur de Italia, y á los Liguros que poblaban las vertientes del Noroeste de los Apeninos y el actual Piamonte, suponiéndolos descendientes de, ó relacionados con los Iberos, reconocidos constantemente como aborígenes de la Península Ibérica.

III.

LA LENGUA VASCA.

ojo | Dificil es patentizar hoy quiénes eran los Iberos, y sólo por inferencia podemos afirmar, de una manera absoluta, que un pueblo único ocupára la region hoy constituida por la Península Ibérica, ántes de llegar á ella los atrevidos navegantes de Tiro, los invasores famélicos del remoto Oriente, y los esforzados conquistadores cuyas hazañas se incorporan con los hechos de las naciones que conservan anales más ó ménos distintos de su pasado.

Con antelacion á la época en que la historia habla ya con cierta lucidez, Fenicios, Griegos, Celtas, Cartagineses y Romanos habian penetrado en España, y el idioma, los hábitos y aún los caracteres físicos de sus antiguos pobladores, por causa de su contacto con tan diversos pueblos, ya en tiempo de los historiadores griegos y romanos debieron hallarse modificados en extremo. Como era de esperar, el sello original de la gente primitiva habia desaparecido, y en su lugar, cual ha acontecido en otros puntos donde han imperado causas análogas, existia, en medio de cierta homogeneidad de caracteres, esa diversidad de tipos, cualidades y costumbres, resultante natural de la combinacion de tan distintas componentes: hablábanse además, en la mayor parte de la Península, idiomas formados de elementos heterogéneos.

El pueblo vasco | Existia entónces, sin embargo, y aún vive hoy en España, un pueblo aislado y enigmático, cuyo origen jamas se explicó satisfac-

toriamente, y cuya primitiva historia, si acaso la conservó la tradición, se ha desvanecido, con el trascurso de los siglos, de la memoria de los hombres. Este pueblo es el Vasco; por algunos estimado como el más antiguo de la tierra; por otros considerado como descendiente de los Celtas, y, por lo tanto, relativamente, de reciente alcurnia; y por otros, en fin, presentado como autóctono de España, sin prejuzgar por esto su origen.

Significación
histórica del
pueblo vasco.

Hoy, ni los recuerdos históricos, ni las particularidades físicas, ni, hasta cierto punto, el carácter y costumbres de sus habitantes, son los valladares que separan á las Provincias Vascongadas del resto de España y de las demás naciones de Europa. En aquella region, como en lo restante del continente, el tipo del poblador primitivo se halla probablemente en extremo modificado, y acaso es difícil tarea describir con caracteres precisos al vascongado actual. Lo que verdaderamente caracteriza aún á este pueblo y lo distingue de las demás comunidades europeas es su lengua, tan esencialmente distinta de las demás del continente, que se ha juzgado razon bastante para establecer que los que tal idioma hablan, proceden necesariamente de un tronco completamente distinto del que constituye la gran familia indo-europea ó ária.

ojo

Es razonable suponer que los hombres todos formaban en los primitivos tiempos una sola familia, cuyos individuos se asemejaban más marcadamente que nos asemejamos hoy, y que las diferencias, ahora tan visibles, entre las distintas razas de humanos seres, sean consecuencia forzosa de la natural tendencia á variar que, en comun con todo el reino orgánico, poseemos, unida á la influencia del medio ambiente en que vivimos y á la ineludible tendencia á adaptarnos á las circunstancias que nos rodean. Es probable también que el lenguaje primitivo fuese uno, rudimentario, inarticulado y vago al iniciarse, y evolucionado, dividido y perfeccionado despues con el trascurso de los siglos; pero el aceptar estas verdades no impide seguramente reconocer que tengan más ó ménos estrechos vínculos de parentesco las distintas razas entre sí.

La semejanza de las lenguas que hablan los pueblos ários, por

c. canth

ejemplo, tiende á probar, no ya el parentesco de estas razas, pues parientes son, sin duda alguna, todos los hombres, sino su hermandad, por decirlo así; miéntras que el vasco, por el contrario, queda, por su idioma, excluido de este íntimo lazo, y es forzoso buscar su inmediato origen en otro lugar del mundo que no sea la privilegiada mansión de los Arios.

El carácter de las lenguas árias es tan marcado; la estructura de su gramática tan especial, son tan elaborados y tan artificiales ya los idiomas comprendidos en éste, el más importante y evolucionado grupo de los dos que constituyen las lenguas de inflexion, que hoy se acepta sin vacilar la absoluta identidad de su origen por todos los filólogos que se han dedicado al estudio de la íntima organizacion de las lenguas y á comprender las leyes de su transformismo; pero identidad que se evidencia, además, por poseer todos los idiomas ários conjuntamente gran número de palabras que expresan los objetos más comunes y notables en la naturaleza y las relaciones más usuales de la vida social.

Ahora bien; el vascuence ó euskaro, por su estructura gramatical, es esencialmente distinto de los idiomas de inflexion, y pertenece á ese otro gran grupo de lenguas llamadas aglutinantes; lenguas en que á una palabra se agregan otras que la modifican, fundiéndose en ella de este modo lo que, segun el criterio de los que hablamos lenguas más evolucionadas, debiera formar la frase. Constituyen el paso entre los idiomas monosilábicos,—los más inferiores en la escala del habla,—y los de inflexion,—sin duda alguna los más elevados en ella. Evidentemente existen infinitas gradaciones entre la relativa pobreza de los idiomas monosilábicos y la riqueza extremada de los idiomas de inflexion, demostrándose así que en lingüística, como en mineralogía, zoología, botánica ú otra cualquiera ciencia, toda clasificación es puramente convencional.

Sin embargo, por más que se admita la unidad de base de todo humano lenguaje, el euskaro se diferencia tan notablemente de las lenguas árias, que Schleicher lo denomina anti-asiático por excelencia, clasificándolo al par de aborígen de Europa. A pesar de esta reconocida diferencia, posee hoy gran número de palabras relaciona-

das con lenguas árias; hecho que se explica tomando en cuenta el continuado contacto que los Vascos han tenido con Fenicios, Celtas y Romanos, y la facilidad con que el euskaro ha aceptado y acepta palabras extranjeras. Por esta razon varios autores, entre ellos César Cantú, han creído en la comunidad de origen de Celtas y Vascos, inducidos á semejante error por haber considerado que los más ó ménos estrechos vínculos de parentesco entre los distintos idiomas debían deducirse del mayor ó menor número de vocablos que poseían en comun, y por no haber fijado su atencion en los caractéres verdaderamente fundamentales de las distintas lenguas, y en su manera, hasta cierto punto, divergente de evolucionarse.

IV.

EL PUEBLO IBERO.

Aparece, pues, en España un pueblo cuya lengua no es referible á la copiosa fuente ária; y esta notabilísima circunstancia da inmenso valor á cuanto se relaciona con la antigua historia de una raza, al parecer independiente, en cierta época de su desarrollo, de las demás naciones civilizadas de Europa, cuya cuna indubitable yace en el Oriente.

Faltando en absoluto crónicas escritas de tan interesante pasado para averiguar el origen de esa gente extraña, necesario es buscar otros antecedentes, pues del análisis de todos los elementos que podamos reunir, sin desperdiciar alguno, es como acaso se desprenderá la solucion precisa de tan difícil problema; ó, si no, así es como únicamente podrá encontrarse la ménos indistinta senda para penetrar, hasta donde sea posible, en el intrincado laberinto que circunda el recóndito origen de los primitivos tiempos de España.

Á la escasa luz de los anales que nos legaron nuestros antecesores, apenas divisamos tres mil años del panorama de nuestra vida pasada, y gran parte de ese espacio indefinido y nebuloso rayano es

de la region de la fábula; por lo que sólo como auxiliares pueden servir gran número de datos recogidos en la contemplacion de tan indeciso cuadro para reconstruir, hasta donde sea dable, la primitiva historia de España.

Cuando los más antiguos historiadores hablan de este país, estaba poblado ya por muy diversa gente, y relativamente civilizada una parte de su territorio.

Cuanto se relaciona con época anterior es necesariamente conjetural y vago, y ante la luz de la crítica se desvanecen infinitas fantásticas suposiciones.

Acaso Homero se refriera efectivamente á España en sus inmortales epopeyas, y tal vez á Andalucía cuando sitúa su Elíseo en el remoto Occidente «donde viven felices los hombres, donde ni se conoce la nieve ni el frio, ni cae jamás la escarcha, y donde las suaves y frescas brisas del Océano colman de gozo á los naturales.» Unos cinco siglos despues Herodoto menciona la Iberia y la region de Tartesio, célebre por sus metales preciosos y situada más allá de las columnas de Hércules; pero, como sólo por imperfectos relatos conocia estos países, no podia comprender siquiera su verdadera situacion é importancia, y aún dudaba de la existencia del «rio Océano.» Thucydides, hácia la misma época, manifiesta, al ocuparse de los pobladores de la Sicilia, que los Sicanos, que se decian autóctonos de aquella isla, eran en realidad iberos arrojados de su patria primitiva. Otros varios autores, citados por más modernos historiadores y geógrafos, escribieron acerca de España; pero, por desgracia, sus obras se han perdido; y así, para adquirir noticias circunstanciadas que nos ayuden en la tarea de interpretar su pasada existencia, tenemos que descender hasta el siglo anterior á la era cristiana, cuando Estrabon escribió en su extensa Geografía, — base principal de los conocimientos que poseemos referentes á esos sombríos y olvidados tiempos, — la parte de su obra donde detenidamente trata de la península ibérica.

La Historia natural de Plinio el Mayor y la Geografía de Pomponio Mela, escritos del siglo siguiente, nos suministran interesantísimos datos tambien para reconstruir con la imaginacion el país;

así como la Guía geográfica de Tolomeo nos permite fijar con exactitud aproximada la situación de numerosos pueblos ibéricos, cuyos recuerdos únicamente se conservan.

Además, el interesante itinerario que lleva el nombre del Emperador Antonino y la célebre *Ora Marítima* de Rufo Festo Avieno, aunque obras del siglo IV, contienen curiosísimos datos referentes á épocas anteriores, que en vano buscaríamos en las de autores más antiguos que se han ocupado de España.

Por último, los poetas griegos y latinos y los historiadores clásicos son naturalmente poderosos é indispensables auxiliares para comprender cuál era el estado de la Península, no sólo en la época de que hablan, sino en más remotos tiempos tal vez.

Sin embargo, con la antorcha de la historia, aisladamente, escasa ha de ser, de cualquier modo que se la sitúe, la luz que se obtenga para escudriñar ese pasado que no en vano lleva el nombre de prehistórico.

Ya en la época de Estrabon los campos de Andalucía se cultivaban con extraordinario esmero y gran pericia, y los sotos, arboledas y sembradas llanuras de tan fértil region presentaban á la vista un paisaje delicioso.

Existia ya en aquel tiempo entre España é Italia activo comercio, establecido por medio de grandes naves construidas en la Bética.

Se extraía del país exquisito aceite, trigo, miel, pez y tintes varios; sal gema, pescado en conserva, lana y aún finísimos tejidos.

Producíase además riquísimo vino, compitiendo el que exportaban los laletanos de la España Tarraconense con los mejores del mundo, y como tal apreciado en la epicúrea Roma.

Los civilizados y pacíficos turdetanos atraían por la suavidad de su trato al negociante extranjero, é infundían, aún á los romanos mismos, respeto por su cultura extraordinaria,—cultura aparentemente no emanada de su reciente contacto con los más cultos invasores de su patria; pues poseían, no sólo gramática de su lengua y anales escritos de sus pasados hechos, sino poemas y leyes en verso, que, según fama, alcanzaban á seis mil años de antigüedad.

Corduba, Astigi, Hispalis y Gades rivalizaban en riqueza con

las más suntuosas ciudades de la tierra, y canales de navegación facilitaban el extenso comercio de los pueblos situados en la cuenca del Guadalquivir. Las naves de alto bordo llegaban hasta Sevilla y se navegaba en botes hasta la opulenta Córdoba. Minas de plata, de plomo y de cobre se explotaban en España, quizás en más grande escala que en la actualidad, á juzgar, no sólo por lo que nos refieren los historiadores, sino por la inmensa cantidad de escoriales esparcidos en diversos lugares de la Península, y especialmente en la provincia de Huelva en las inmediaciones de Társis y Riotinto, donde se recorren kilómetros enteros sobre colosales montones de escorias, formando extensas colinas cubiertas hoy de árboles seculares y vegetación lozana. En las cercanías de las minas que llevan este último nombre aún se ven magníficos restos del poderío romano, en trozos bien conservados de gruesas columnas, talladas de la durísima piedra roja que constituye parte del crestón de aquellos inagotables depósitos piritosos,—monumentales reliquias que, por desgracia, la incuria dejará desaparecer acaso sin consignarles un recuerdo. En los cauces de los ríos recogíase el oro, evidentemente en mayor abundancia ó con más estima que en la actualidad; y, en resumen, tanta fama llegó á alcanzar España por la asombrosa exuberancia metalífera de su suelo, que Posidonio, citado por Estrabon, decia: «Debajo de la Turdetania no existe el infierno, sino la mansión del Dios de la riqueza.»

En el alegre arte consagrado á Terpsicore no tenían rival las andaluzas, pues fueron, según fama, como actrices coreográficas (tan notables eran ya por su gracia extremada) el encanto y el ídolo teatral de la opulenta y culta, pero declinante Roma.

Numerosos fueron los pueblos de la Iberia cuyo valor y constancia celebró la imparcial historia; pero, obrando generalmente á impulsos de circunscrito interés, faltóles á menudo la necesaria concordia para concertar su comun defensa, dando por resultado su descentralización absoluta las sucesivas victorias de sus más astutos y mejor organizados enemigos, y haciendo posible su falta de cohesión la conquista final del país cuando sobre él se arrojaron, con deliberado ánimo de avasallarlos, las aventureras huestes de Cartago y las altivas legiones de Roma.

A pesar de no poseer las condiciones que constituyen una verdadera nacionalidad, pueblos más ó ménos amalgamados ya formaban la gran mayoría de la compleja colectividad que á la sazón componía el país; y, aunque se distinguían con multitud de diversos nombres, estos diferentes pueblos acaso se diferenciaban más por su irrelación política y por sus calificativos geográficos que por sus especiales caracteres.

Probablemente los inmigrantes Celtas que, en incursiones sucesivas, se establecieron en la Península, amalgamados pacíficamente quizás con los primitivos habitantes, iban formando ya parte integrante de la nación, como lo comprueba el hecho de llevar el nombre de Celtiberia una extensa parte del territorio.

Y no sólo en la Celtiberia se fusionaban los distintos elementos constituyentes del pueblo español. La irrupción céltica ocupó, no sólo el centro de la Península y su parte occidental, la Lusitania, llegando al Sur hasta la región del Anas ó del Guadiana (cuyos habitantes aún conservaban el nombre de Célticos), sino que evidentemente se entremezclaba con los laletanos, ilerconvones y contestanos del Territorio Tarraconense del Mediterráneo y con los bástulos, túrdulos y turdetanos de la Bética, quienes desde remotos tiempos tenían activo comercio con los colonos fenicios, griegos y cartagineses y más íntimo contacto con el civilizador elemento romano.

Al noroeste de España existía, sin embargo, un pueblo aparentemente genuino representante de los antiguos aborígenes, pueblo que, cual se ha dicho, subsiste hoy, y que en manera alguna puede considerarse incorporado con la gran familia Indo-Europea ó Aria.

Ya en aquella época se daba el nombre de Vascones ó de Vascos á los que ocupaban esa parte de la Península Ibérica, comarca hoy denominada Provincias Vascongadas; y aunque débil es la luz que sobre estos pueblos arrojan la tradición y la historia, cuanto con su ayuda vemos y cuanto se desprende del más imparcial análisis de los hechos nos induce á creer que la noble y valiente, pero terca é inflexible raza que habita aquellas agrestes montañas, es el remanente de los antiguos Iberos, los autóctonos de España.

Los Iberos ocupaban evidentemente más extenso territorio del que ocupan actualmente sus probables sucesores; hecho confirmado, no sólo por la historia, sino también deducido de la disección silábica de los nombres que tenían y aún conservan multitud de ciudades, montes, ríos y lugares de España y otros países.

Es quizás demostrable su antigua supremacía en toda la Península, y es en extremo probable que ocupáran las islas Baleares y las de Córcega y Cerdeña. Allende los Pirineos viven actualmente los descendientes de los antiguos Vascos, cuyo dominio se extendía aún en la Edad Media á la Aquitania y á otros puntos del sur de Francia. En Italia se hallaban representados por los Sicanos probablemente y por los Liguros, y hácia el Norte acaso se extendieron á las islas Británicas, donde los recuerdan los antiguos Siluros, primitivos pobladores del país de Gáles y progenitores, sin duda, de los ingleses de estatura más reducida que la de la generalidad de los habitantes de ese país, de tez morena, de cabellos y ojos negros, y tan diferentes de sus paisanos, de talla más elevada, blancos, rubios y de ojos claros, como los indígenas de algunos pueblos meridionales. Digno es de atención también que la Geórgia fuese conocida por los antiguos griegos con el nombre de Iberia, nombre que, transformado en Ime-rithia, conserva aún hoy una de las divisiones de ese país.

Poco es lo que conocemos relativo á los primitivos habitantes de España que podamos asegurar no sea referible á su contacto con más modernos pueblos; pero sabemos, no obstante, que todavía á principios de nuestra era hablaban una lengua peculiar á este país, y que hábitos especiales y cualidades de carácter no comunes marcadamente los distinguían. Estrabon reconoce la diferencia absoluta de las armas, del modo de guerrear y de otros usos de los pueblos celtas ó celtíberos (cuyas costumbres aparentemente se asemejaban á las de esos nómadas escitas que tan gráficamente describió Herodoto), de las armas que usaban, de la manera de luchar y de otros hábitos que tenían los pueblos verdaderamente iberos. Si los célticos del Guadiana eran ménos feroces que sus iguales, lo debían, segun el insigne geógrafo, á su vecindad con los Turdetanos, cuya lengua, dice el mismo autor, era la propia y privativa de la Iberia. Y como los in-

vasores celtas se entendian mejor con los colonos griegos que con los naturales del país, es de presumir que esta lengua era absolutamente distinta de las de origen ariano, y por lo tanto, no es violento deducir que acaso fuera la vasca.

Séneca el filósofo, en la carta á Helvia, su madre, refiere incidentalmente que españoles poblaron la isla de Córcega, como lo acreditaba el hecho de conservar la lengua que allí se hablaba (cuyo sello nacional apénas se distinguia por causa del activo comercio establecido desde siglos entre aquellos isleños y otros pueblos), palabras idénticas á las de la lengua de los Cántabros, y por la circunstancia, además, de ser todavía iguales el tocado y el calzado de las gentes de ambas regiones.

Coincidencia extraordinaria tambien es que la singular costumbre de los antiguos Pelasgos de descalzarse un pié al entrar en batalla (costumbre nacida evidentemente de la conveniencia que habria en tener un pié desnudo para apoyarse mejor en la lanzada al ir á guerrear) se conservára en el siglo XVI en la ceremonia de recepcion de Señor de Vizcaya, segun refiere Poza en su interesante obra intitulada: *De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de España.*

Difícil es deslindar hoy lo que el mezclado pueblo ibero del tiempo del Imperio romano debia á su ingénita virtud y nobleza de lo que habia adquirido por causa de su contacto con gentes impregnadas en los elementos de una civilizacion distinta; pero acaso no sea aventurado afirmar que radicaban cualidades no referibles á las razas inmigrantes y conquistadoras en el fondo del carácter de ese extrañísimo pueblo.

Pacíficos y desconocedores del arte de la guerra eran los primitivos habitantes de España, y los ménos belicosos de entre los cultos turdetanos, al par que los que ménos contacto habian tenido, segun Tito Livio, con los Celtas invasores. Este carácter pacífico y amistoso no era seguramente efecto de laxitud femenil ni moral abatimiento; era la natural resultante de su tranquila y placentera vida anterior, de la feracidad del suelo que habitaban, de lo apacible y alegre de su clima, y acaso efecto de su especial organismo. Quizás no poseyeran el salvaje denuedo para la aventura y el civilizador em-

puje que ostentaron los intrusos Celtas, con quienes, sin embargo, aparentemente simpatizaron y compartieron el terreno ocupado desde luengos siglos por sus antecesores, ni la arrogancia y las condiciones de mando de los más cultos y también más crueles y tiránicos Cartagineses y Romanos; pero evidenciaron su brío fundamental, no obstante, en Sagunto, en Numancia, en Astapa y en las sangrientas jornadas con que Sertorio patentizó al mundo el varonil esfuerzo y la tenacidad inquebrantable de esa resistente raza. Dotes que á tan sagaz guerrero hicieron pensar fuera acaso más apta para avasallar al mundo la gente heroica que acaudillaba que las aguerridas legiones de su pátria.

Morir ántes que ser subyugados; matar la madre al hijo y el hijo al padre para evitarles la esclavitud; cantar en el tormento y al recibir la muerte; juramentarse centenares de compañeros de armas para no sobrevivir los unos á los otros en la lucha; hacer arder en pira comunal sus riquezas atesoradas, sus mujeres y sus hijos, y perecer conjuntamente en la misma horrenda hoguera todos los defensores de una ciudad ántes que entregarse al enemigo..... tales eran las hazañas de ese pueblo que afrontó el poder de los dos colosos del mundo, y obligó á la señora del universo á supremos esfuerzos para salvar su honra comprometida ante un puñado de montañeses.

¡Lástima inmensa que tan noble y generosa gente, áun desde ese tiempo, haya sido víctima estéril de su ciego fanatismo. Ese mismo Sertorio, extranjero, ambicioso é instigador de las guerras civiles de su patria, conducía á esos valientes, abusando indignamente de su candor y heroísmo, cual á manso rebaño, donde á su propio interés (que no era el de España por cierto) acomodaba, haciéndoles creer en la directa proteccion de la Providencia, que concedía poder sobrenatural para guiarlos á la victoria á su gracioso comodín, — su blanca ciervecilla!

V.

VESTIGIOS DE LA LENGUA VASCA.

Sin aceptar, cual dignas de absoluta confianza, todas las analogías que algunos autores han pretendido establecer entre una multitud de

nombres de lugares de España y de otros países con palabras de la lengua euskara, juzgamos, sin embargo, tan temerario desdeñar las extraordinarias coincidencias que aducen, y tan indiscreto desconocer las patentes afinidades que en muchos casos existen, como lo fué en su día no fijar la atención en los característicos fósiles que ostentan los diversos estratos de la tierra, y considerarlos insensatamente caprichos de la naturaleza ó desarreglados restos de un diluvio universal, y, cual lo fué no há muchos años, cerrar los ojos á lo que nos mostraba Boucher de Perthes en Amiens, y creer que las hachas de sílice de su interesante museo habían sido talladas por la mano del azar.

Poza, Perochegui, Astarloa, los Padres Moret y Larramendi, Erro, Moguel, el abate Hervás, Guillermo von Humboldt y otros autores se han ocupado asiduamente en patentizar la egregia antigüedad del pueblo vasco por medio de su extraordinaria lengua.

Los que desconocemos este interesantísimo idioma, no podemos resolver con el debido cúmulo de datos los numerosos problemas que se ofrecen á nuestro criterio en las obras de esos escritores; pero en muchos casos bastan la sana razón y la fría imparcialidad para comprender lo erróneo y lo forzado de ciertas consecuencias que sacan los más entusiastas de entre ellos, y para lamentar á cuán absurdo término conducen las elucubraciones de los que, guiados por una preocupación exagerada, leen en vascuence, como Erro en su famoso jarro de Trigueros, inscripciones flamencas, y deducen ser la nativa lengua del paraíso el vascuence también; inferencia hasta cierto punto invalidada con la legendaria noticia de haberlo estudiado tres años el tentador poder que inspiró á la serpiente y haber aprendido únicamente siete palabras.

En otras ocasiones, por el contrario, basta también el recto juicio para ver cuán difícil es referir á la casualidad analogías cuya explicación es razonable y evidente, aceptando como verdad la existencia en España, y acaso en otros países, de un antiguo pueblo que, en los diversos lugares que ocupó, dejara rastros de una lengua idéntica ó semejante á la que en la actualidad se habla en las Provincias Vascongadas.

No es nuestro ánimo dar demasiado valor científico al dédalo de afinidades que, con mejor ó peor criterio, unos y otros fabrican para probar la antigüedad de la raza vasca, no sólo en España, sino también en Córcega, Cerdeña, Italia y otros países. Reconociendo la posibilidad de ser efectivamente derivaciones de nombres vascos los de una multitud de lugares citados por varios autores, ni los mencionaremos siquiera, pues no poseyendo los conocimientos necesarios para argüir convenientemente sobre este tema, dejamos el esclarecimiento de lo que para nosotros ha de aparecer necesariamente indistinto á los que más adelante, con la erudición precisa, exploren científicamente los límites de tales semejanzas, evitando los escollos donde tan fácilmente fracasan quienes, con ideas preconcebidas, rebusca analogías caprichosas, ya en este mismo idioma, ya en el latín y el griego, ya en el celta, ó ya en el hebreo.

Sólo presentaremos algunos ejemplos para patentizar cuán grande es la probabilidad de que toda la Península ibérica y una parte de Europa fuese poblada por vascos ó por gentes afines á los vascos en época anterior á la invasión ária,—gentes conocidas con el nombre de Iberos las que habitaban á España, y acaso de otra manera designados los que ocupaban otros lugares del continente.

Numerosos son los nombres de ciudades, montes, rios y sitios que en España principian con la sílaba *ast*; y *asta* ó *aitza* en vascuence significan *monte*.

En las Provincias Vascongadas pueden citarse quince, y más de treinta en las demas provincias de España.

En la antigua Bética aparecen dos pueblos nombrados Astigi, el uno la actual ciudad de Écija, y el otro probablemente La Alameda, villa cerca de Archidona; Astenas, ciudad cercana á Córdoba; Astúrica, la actual Astorga; La Asturia de la España citerior; el rio Astura, que se supone ser el actual Ezla; la célebre Asta de los Turdetanos, hoy la Mesa de Asta, en las inmediaciones de Jerez de la Frontera, y Astapa, el pueblo heroico cuyo nombre glorioso recuerda la moderna Estepa.

Ilia ó Iria, en vascuence significa lugar ó ciudad, y entre lugares, aldeas y ciudades se cuentan unas setenta en las Provincias Vascongadas que pueden referirse á este origen, y más de cincuenta en el resto de la Península. En la España antigua pueden citarse á Iria Flavia, capital de los Caporos, segun Tolomeo, y mansion, segun el itinerario del emperador Antonino, en uno de los varios caminos que iban desde Braga á Astorga; á Ilarcuris, la actual Illescas; á Ilúrbida, ciudad de la Carpetanaia; á Ilucia ciudad de la Oretania; á Ilurcis, en la Celtiberia; á Ileosca, pueblo, segun Estrabon de la region Iaccetana; la Ilerda de los Ilergetes, la actual Lérida; á Ildum, marca la en el mencionado itinerario próxima á Sagunto; á Ilorci, capital de los Ilorcitanos, y adscrita al convento jurídico de Cartagena; á Iliturji, ciudad cerca de Andújar; á Iripo, ciudad conocida por sus medallas únicamente; á Ilurco, la actual Pinos Puente; á Ilipa Ilia, la actual Cantillana; á Ilipla la actual Niebla, segun Cortés y Lopez; á Iluro, ciudad al norte de Barcelona; á Illice, ciudad de la Contestania, que dió su nombre al golfo Illicitano; á Iliberri, antiguo nombre del pintoresco Monte Elvira de Granada; y, además, tres pueblos que llevaban el nombre de Ili-pula, todos tres en la Bética.

Con *ur* ó *ura*, cuyo significado en vascuence es *agua*, principian unos doscientos nombres de pueblos en las Provincias Vascongadas, y unos sesenta en el resto del país. En la época romana existian Urbasa y Urcesa en la Celtiberia; Urçi, en la Bastetania; Urbona y Urso en la Turdetania, y otra Urso en la Edetania; Urium era el antiguo nombre de la actual ciudad de Moguer; Urium igualmente se denominaba el actual Rio Tinto; y Urbicos el actual Orbigo. El indicado *ur* aparece, además, en otros muchos nombres geográficos de la antigua España; como en Asturia, Astúrica, Ilurco, Iluro, Ilurcis, Ilarcuris, nombres ya citados; y en Verurium, pueblo de la Lusitania; en Calagurris, la actual Calahorra; y en Ostur, ciudad conocida únicamente por sus medallas, pero referida por Cortés y Lopez á Costur, pueblo del reino de Valencia.

La palabra *Turria* ó *Iturria*, en vascuence *fuenta*, es otra de las que aparecen con bastante frecuencia en nombres de lugares de España. En las Provincias Vascongadas pueden citarse veinte y tantos referibles á este origen, y en las demas provincias más de treinta. En la España antigua hallamos á Ituci, la actual Valenzuela, segun Cortés y Lopez, y otra Ituci, quizás la actual Rota, adscrita al convento jurídico de Cádiz, segun Plinio; á Turiaso, la actual Tarazona; á Turobriga, la actual villa de Cabeza de Buey, segun el citado Cortés y Lopez; á Turba, la actual Teruel; á Turaniana, pueblo cercano á Málaga; á Turoquia, pueblo cercano á Tuy; á Turrupciana, ciudad de la region Caláica; á Iturbida, en la Bastetania; á Turmulum, en la Lusitania, la Iturisa de los Vascones; y ademas los nombres de Túrdulos, Turmogi y Turdetanos; el Rio Turulios, que se supone ser el actual Mijares, y el célebre Turia.

Más de seiscientos nombres de pueblos en España principian con la sílaba *ar* ó *al*; y gran número de ellos, pueblos de las provincias Vascongadas. Sin duda muchos son referibles á más modernas lenguas, pero otros, aparentemente, lo son al vasco; pues hay que tener presente que *aria* significa *llano* en vascuence, y *arria*, *peñasco*; y que ántes de la dominacion romana, ya existian pueblos cuyos nombres así comenzaban, como Arabriga en la Lusitania; Aracillum en Cantabria; Aratispí, ciudad situada entre Antequera y Málaga; Ara, la actual Peñaflores; Araldunum, el actual Arahal; Alarona, ciudad de la Vasconia; Alaba, el actual Albacete; Alóstigi, ciudad de la Bética, y otros muchos.

La terminacion *ona*, tan comun en nombres de ciudades de España, y su correspondiente *one*, comun tambien en nombres geográficos de Francia, parece referirse al vasco; así como las terminaciones *tani* ó *tania* y *briga*, son sin duda célticas; pero circunstancia digna de nota es, que conserven muchos nombres de pueblos de la Península así terminados, su núcleo no referible al propio origen, y en muchos casos aparentemente al vasco.

Numerosos nombres de ciudades y sitios, y aún de diversa gente,

eran idénticos, ó en extremo parecidos, en la antigua Italia y en la antigua España; extrañas coincidencias, que tienden á confirmarnos en la presuncion de que hombres de una misma raza habitaron ambos países.

Suesa era ciudad del Lacio; y, aunque en España no aparece pueblo alguno con el nombre de Suesa, Suesetanos fueron denominados por Tito Livio los Vascos, que al mando del rey Indíbil lucharon contra el poder de Roma. Tutienses se llamaban los antiguos pobladores del Lacio, y Tutia fué la famosa ciudad celtíbera que tan rudamente luchó por su independencia contra Pompeyo. Basta era ciudad de la Calabria, Basti, capital de los Bastetanos de España. Biturgia fué ciudad etrusca, y Bituris, ciudad vasca. Uria, ciudad de la Apulia, y Urium, la actual Moguer, cual ya se ha indicado. Cures, fué ciudad de los Sabinos, y playa corense se denominó el arenáceo litoral que se extiende desde el Puerto de Santa María á la desembocadura del Guadalquivir. Los Sicanos, cual se ha dicho, poblaron la isla de Sicilia; y Sicana era ciudad, y Sicano, rio de la antigua España. Asta era ciudad de la Liguria, y ya se ha visto que otra ciudad denominada Asta tambien, existia en la Turdetania. Cossanos habia entre los etruscos, y Coss-etanos en España. Dos rios de Italia llevaban el nombre de Duria; y Duria ó Turia se denominó el Guadalaviar, y Durias el Duero.

Difícil es conformarse á imputar á la casualidad tales analogías, y lo que precede no es por cierto completa lista de todos los homónimos reconocidos.

En la actualidad, pues, el antiguo pueblo Ibero, dueño acaso de todo el sur de Europa, se halla reducido á las ásperas y pintorescas vertientes del extremo occidental de los montes Pirineos.

Circunscrito en esas á veces tranquilas escabrosidades, con heroico esfuerzo y tenaz perseverancia ha resistido en todo tiempo el yugo extranjero, y más que otro pueblo alguno, la absorbente influencia de poderosos vecinos.

La invasora raza ária allí tan sólo parece haber detenido por siglos su paso vigoroso; pero, aunque ménos accesible al influjo de la

civilizacion moderna que otros pueblos europeos, allí tambien se va operando con ineludible tendencia su incorporacion á esa inmensa é incontrastable corriente que entre asperezas y amenidades nos arrastra á dominar en completo al universo.

VI.

LA RAZA TURANIA.

Además de la raza vasca, aparece en Europa otra, que tampoco puede relacionarse con la gran familia ária: es la que habita la Laponia y la Finlandia, y que se conoce con el nombre de Finesa ó Laponia.

Su lenguaje aglutinante, y además sus caracteres físicos, por más que se hallen modificados tambien, demuestran su afinidad con ese otro gran grupo de hombres que los mogoles tipifican, y cuya patria comun se ha referido á las llanuras del noroeste del Himalaya, país que desde remota época fue conocido como el Turan, por lo cual la generalidad de los etnógrafos une bajo el nombre de raza Turania á los pueblos que considera emanados de esta extensa comarca.

1 r
2
2
A esta gran familia pertenecen los Finianos de Europa, los Mogoles, Tártaros, Samoyedos y otros muchos pueblos afines; y, fundándose en la especial estructura de sus lenguas, algunos incluyen en ella, no sólo á la mayor parte de los negros de África, sino tambien á los indios del norte de América, y aún á los vascongados; y forzoso es admitir, por extraño que parezca, que estas dos últimas lenguas deben tener bastante semejanza entre sí, cuando Guillermo von Humboldt, sin aceptar como verosímil su parentesco, reconoce no obstante que poseen notables puntos de contacto y que se asemejan maravillosamente en su construccion gramatical.

Para probar el estrecho parentesco de todas las razas que hablan idiomas aglutinantes, ó monosilábicos, no hay, sin embargo, razones

tan poderosas como las hay para probar la íntima union de todas las que hablan lenguas de inflexion árias.

Ademas, los caracteres físicos de los vascongados son tan distintos de los que caracterizan á los Turanios, que no parece probable estén relacionados con vínculo demasiado estrecho. Es cierto que algunos etnógrafos han considerado braquicéfalo al vasco, ó de cabeza corta, como lo es el turanio; pero otros, por el contrario, como M. Paul Broca, quien por sí mismo ha medido numerosas cabezas de habitantes de Zarauz, afirman que la generalidad es dolicocefala, ó de cabeza larga, opinion confirmada por Virchow, quien ha observado y medido cráneos procedentes de tres distintos puntos de Vizcaya.

La verdad parece ser que, aunque predominante el dolicocefalo, uno y otro tipo existen en aquel país; y, por lo tanto, no es la forma del cráneo quizás lo que al vasco separa esencialmente del turanio. Basta, sin embargo, contemplar á un individuo de cada raza para convencerse de su escasa afinidad presente; pero, á pesar de semejante falta de semejanza, se ha imaginado por algunos autores que los Vascos, ó por mejor decir, sus antecesores los Iberos y los Turanios, fueran una sola gente que primitivamente poblara la Europa, y que las diferencias que ahora ostentan en sus caracteres físicos sean consecuencias de los distintos medios en que han vivido. No debe negarse la inmensa influencia de los hábitos, del clima y aún del suelo para determinar variaciones en el cuerpo humano; pues, sin buscar más distante ejemplo, podemos contemplarnos á nosotros mismos, que ya tan notablemente nos diferenciamos de las demas humanas razas, incluso las que más contribuyeron á imprimirnos nuestro especial sello.

Y es tan cierto que todos los caracteres de nuestro cuerpo, la forma del cráneo inclusive, pueden modificarse grandemente con el trascurso del tiempo, que, segun Darwin, los Aymaras, que en el Perú viven á más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, aspirando por consiguiente el aire rarefacto de aquellas alturas, poseen por ende pulmones y pechos tan desproporcionadamente grandes y relativamente piernas tan pequeñas y tan pequeños brazos, que no se asemejan ya á ninguna otra raza de hombres; y, segun el mismo obser-

vador afirma, animales hay que, por vivir en domesticidad y por el exceso de alimento que se les suministra, aumentan en tamaño haciéndose al par en extremo doliocéfalos.

Pero aunque se admita la inmensa influencia del medio ambiente en producir variaciones en nuestro cuerpo, para apoyar la teoría que establece identidad entre Vascos y Finianos, esta razón es puramente negativa; y como dato positivo se aduce, entre otros fundamentos menos sólidos aún, cierta homogeneidad de sus lenguas, lo que no es suficiente prueba para demostrar la existencia de ese íntimo lazo que entre ellos se pretende establecer. Además, hay que tener presente que muchos ni aún aceptan como irrefragable hecho semejante homogeneidad de lenguaje, y consideran, por el contrario, que el euskaro forma por sí solo una lengua completamente aislada.

Y no solamente la generalidad de autores vascongados (cuyo criterio es necesario reconocer que se oscurece en algunas ocasiones con nebulosas ideas preconcebidas) han establecido esta opinión: el célebre Leibnitz, Guillermo von Humboldt y otros escritores á quienes no podrá tacharse de vascófilos, así lo afirmaron también; y, á la luz de la moderna ciencia lingüística, Schleicher la califica de lengua completamente aislada, sin hermana y verdaderamente enigmática.

Hase imaginado también que acaso los Iberos, y por consiguiente los Vascos, sean los descendientes de una raza intermedia entre la Africana y la Norteamericana, y que en la actualidad esos habitantes del noroeste de la Península sean los únicos seres que la representen en el mundo.

VII.

LA ATLÁNTIDA.

En el diálogo de Platon titulado *Timeo*, y en su continuación *Critias* se habla de una gran isla, cuyo tamaño se aproximaba al del res-

ojo; confón-
tese con afir-
maciones aut.
que parecen con-
frmar.

ojo

to del mundo entónces conocido, situada más allá de las columnas de Hércules en el Océano Atlántico, que, de resultas de terremotos violentos, fué sumergida en el seno del mar. Quizás exista un fondo de verdad en esa maravillosa historia que los instruidos sacerdotes de Egipto trasmitieron á Solon, divulgada más adelante por Critias, á cuyos oídos llegaría probablemente variada y embellecida, ó acaso impetrára el auxilio de alguna otra deidad á más de Mnemosina para narrar aquellos extraordinarios sucesos.

Mucho se ha escrito y discurrido desde entónces acerca de la existencia, de la situacion y del tamaño de esa invisible tierra que se denominó la Atlántida, y probablemente aún no ha cesado el glosar acerca de tan interesante tema.

Algunos, fundándose en la tradicion que ha conservado el célebre filósofo espiritualista, y citando á Homero que en la Odisea, al describir el viaje de Ulises á los infiernos, menciona el país de los Cimerianos, situado «entre brumas y nubes en la opuesta orilla del profundísimo Océano donde el sol desaparece», y acaso otros versos de este poema y de la *Iliada*; á Séneca que, en su *Medea*, aunque parece hablar en són profético de la tierra que ha de aparecer más allá del Océano, quizas así se expresára por reminiscencia de la antigua tradicion, y á otros autores que aparentemente indican haberse admitido cual digna de fe la relacion de ese excepcional trastorno, aceptaron como hecho la existencia de la famosa isla, si bien no hubo igual conformidad para decidirlos en fijar el sitio que ocupára; y la Atlántida, por lo tanto, se imaginó yacer en muy diversos lugares de la tierra.

Otros juzgaron fuese tal vez conocida por los orientales en tiempos remotísimos la América, cuyo recuerdo mismo se perdió más adelante, y que á este gran continente se referia Platon al hablar de su sumergida Atlántida.

Otros, como Buffon y Whitehurst, que creyeron ver en las Azores y en las Canarias las cumbres de montañas, cuya base un cataclismo hundiera en el mar, dedujeron que la Atlántida fuese acaso la tierra que uniera á una parte de Europa con esas islas y el Nuevo Mundo, opinion mantenida tambien, hasta cierto punto, por el abate Hervas, quien al ocuparse, de pasada, de este asunto en su obra intitulada

Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, dice se ven claros indicios de haber desaparecido un continente, si desde la desembocadura del Rio Grande, en el Brasil, miramos al cabo Tangrin en la costa de Malagueta (la actual Guinea); pues así lo atestigua la sucesion de picos y de bajíos que en ese espacio se encuentra.

Otros, por último, no concediendo valor alguno al dicho de Platon, han considerado á la Atlántida como region puramente imaginaria.

Inmensas son las variaciones que debe haber experimentado nuestro planeta ántes de ostentar su actual estructura, y no es necesario para demostrar este aserto remontarse á épocas geológicas en extremo distantes, y patentizar que las condiciones terrestres de entónces eran tan diferentes de las que ahora nos rodean, que acaso no fueran propias para impulsar la vida de los más ínfimos seres; ni aún tampoco es preciso recurrir á los tiempos en que tras lenta evolucion aparecieron en la tierra y en el mar organismos que preludiaban los que habian de prevalecer más adelante. Ciñéndonos á épocas relativamente recientes en el ciclo geológico, cuando existian en nuestro globo seres afines á los que ahora lo pueblan, y cuando el hombre mismo pudiera acaso haberlo habitado, dirigiendo retrospectivamente nuestra vista sólo hasta los cercanos límites del período llamado Terciario, hallamos que los fragmentos desprendidos de aquellos continentes, y depositados como detritus en aquellos profundos mares, se hallan en la actualidad en las gigantescas cumbres del Himalaya, en los Alpes, en Sierra-Nevada y en otras elevadísimas montañas, formando capas estratificadas de centenares de metros de espesor.

Si echamos la vista sobre un mapa geológico de Europa, comprenderémos desde luégo la vasta amplitud de las variaciones ocurridas en nuestro continente desde aquella época comparativamente próxima; y, si fijamos la atencion en España, verémos que una gran parte del litoral del Mediterráneo, parte del litoral del Atlántico y la gran cuenca del Guadalquivir se hallaban bajo las aguas del mar, que penetraba más ó ménos en el interior de la Península, segun el nivel que se le oponia.

Como lo han hecho notar en la descripcion de su mapa geológico

de España los Sres. De Verneuil y Collomb, constituían el centro del país extensos lagos de agua dulce, uno de los cuales media 320 kilómetros de largo y 250 de ancho, y en conjunto cubrían unos catorce millones de hectáreas, ó la cuarta parte próximamente del área que mide la totalidad del país. Estos enormes lagos implican necesariamente grandes rios para alimentarlos; y los grandes rios, grandes montañas y continentes dilatados; y no es fácil, dada la actual configuración de Europa, imaginar de dónde procedían esas aguas y esos cuantiosos acarreos que tan extensa superficie cubrieron y hoy producen las más abundantes cosechas de España.

Segun una descripción geológica de la provincia de Cádiz publicada há poco, resultan en aquella region colosales fracturas paralelas á su costa occidental. El autor explica este fenómeno suponiendo la ruptura y la inmersión en el mar de tierras que desde esa costa se extendían hácia Occidente en un área hoy ocupada por el Océano Atlántico, y que, propagándose hácia Oriente la causa de ese trastorno, se produjo el quebrantamiento de la parte del continente que quedó fuera del agua. Corrobora esta opinion el hecho de hallarse los depósitos diluviales á mayor altura sobre el mar, miéntras más próximos se hallan á la supuesta costa fracturada, y verse claramente que por los antiguos valles de la comarca corrian á la sazón las aguas desde lo que hoy es el Océano en dirección al interior de la Península. Además acompañan á esos depósitos diluviales inmensa cantidad de pequeños cantos rodados de cuarcita, cuya presencia en esa localidad es hasta lo presente en absoluto inexplicable, si no se admite su procedencia de tierras desaparecidas bajo el mar.

Que Africa y Europa se hallaban unidas en no lejanos tiempos es más que probable, y la tradicional ruptura del Fretum Gaditanum tal vez sea el indeleble recuerdo, atesorado en la memoria humana, de tan violentísimo trastorno.

M. Pomel, quien con tanta detención se ha ocupado de la geología del desierto de Sahara conocida hasta hoy, y que rechaza la suposición de ser la totalidad de aquella vasta region el arenoso fondo de un océano recientemente desecado, reconoce, no obstante, que las ver-

tientes meridionales del Atlas se apoyaban en el mar, y que el Noroeste del continente africano se ligaba con Europa.

La perfecta correspondencia de terrenos á uno y otro lado del Estrecho de Gibraltar corrobora tan generalizada suposicion, como igualmente la confirma la identidad de las faunas y floras del norte de Africa y del sur de España, evidenciando cambios en la configuracion de ambos continentes en una época que la lenta evolucion de nuestro planeta nos autoriza á llamar cercana.

Todavía habitan el desnudo Peñon de Gibraltar (y ningun otro lugar de Europa) los aislados descendientes de aquellos «macacus inuus», que probablemente quedaron separados de sus compañeros africanos cuando ocurrió aquel cataclismo, y todavía crecen en la Sierra de las Nieves, en la amena y pintoresca sierra del Pinar y en otros elevados puntos de la serranía de Ronda, cual crecen, segun Boissier, en las montañas del norte de Africa (y en ninguna otra parte del mundo) esos preciosos «abies pinsapos» destinados acaso, como sus compañeros de segregacion de Gibraltar, á desaparecer en breve de nuestro continente.

En realidad, forzoso es admitir la ocurrencia de grandes variaciones en la configuracion de nuestro globo en época relativamente reciente; y el enorme levantamiento post-terciario que atestiguan los Alpes y el Himalaya, nos fuerza á la conclusion de que es necesario para compensar este aumento de tierras fuera del agua una correspondiente inmersión de terreno en el mar.

Los datos paleontológicos confirman las deducciones desprendidas de las observaciones geológicas, y tienden á demostrar igualmente que ese hundimiento se verificó en el Océano Atlántico, corroborándose así, con testimonios de diversa índole, la parte esencial del extraordinario relato de Critias.

M. Conrad ha hecho notar cuán semejantes son los moluscos de los depósitos terciarios de agua dulce de los Estados-Unidos y los de las capas correspondientes de Francia.

Lyell, en su *Antigüedad del hombre*, hace constar la perfecta analogía que existe entre los insectos de Europa y los de los bosques de

Alabama, y otros autores han hecho ver que se hallan actualmente en América los cercanos parientes de algunos vertebrados, fósiles y actuales de nuestro continente.

Unger y Heer afirman no poderse explicar la extraordinaria semejanza de la flora miocena europea con la flora actual de la América oriental, si no se supone la existencia de un continente en el Atlántico que, en no remota época, ligára al Nuevo Mundo con Europa y con la isla de La Madera, las Canarias y las Azores, cuyas floras corresponden también con la flora americana.

En el reducido recinto de la ciudad de Cádiz florece el drago, — árbol *sui generis*, — reconocido indígena de las islas Canarias, pero que en Europa sólo en este rincón se encuentra. Difícil es suponer fuese llevado allí desde esas islas por humana agencia en los tiempos en que Fenicios ó Romanos surcaban los mares, cuando necesariamente debió verificarse el trasplante, pues Estrabon, refiriéndose á lo que decia Posidonio, con admiración lo cita; y Plinio habla ya más detenidamente del famoso drago de las playas gaditanas. El entusiasta naturalista acaso se refiriera en su fantástico relato á aquel magnífico ejemplar que cuarenta años há adornaba el centro de esa población: ¡verdadera curiosidad botánica: viviente monumento histórico! y árbol tan bello y tan vigoroso cuanto venerable por su edad extraordinaria, pero que una supina inconsciencia ó una incomprendible estolidez se atrevió á echar por tierra, sin duda por estorboso, inútil ó antiestético. La naturaleza lo respetó, quizás, por miles de años: monjes, ignorantes acaso, lo custodiaron cuidadosamente por siglos: ¡apenas resistió un mes la influencia asoladora de una vulgaridad estúpida, desdeñosa de todo lo que no considera tasable!

Los restos prehistóricos hallados al norte del continente africano son tan numerosos y tan semejantes á los monumentos erróneamente llamados celtas en Europa, que M. Desor ha llegado á afirmar ser el África el verdadero centro de donde han irradiado los pueblos constructores de dólmenes; y además añade que, para dar cuenta de la existencia de cráneos dolicocefalos en el continente europeo, es necesario buscar su origen en esa region.

M. Bourjot y el general Faidherbe describen sepulturas megalíti-

cas descubiertas en Beni-Messous, Roknia y otros puntos de la Argelia, que recuerdan vivamente las que con frecuencia se encuentran en Andalucía, y que, á veces, quizás equivocadamente, se han considerado sepulcros fenicios ó romanos. Nos referimos á esas sepulturas construidas con lajas toscamente labradas, puestas de canto en el suelo, las cuales forman el sarcófago, que contiene generalmente más de un esqueleto, cubiertas por una ó por dos grandes losas, y por lo comun agrupadas y situadas en las eminencias del terreno. En Alhama de Granada, donde se conocen estos sitios con el nombre de «Villares de moros»; y en la provincia de Sevilla, cerca del pueblo de San Nicolás del Puerto, hemos visto grupos de sepulcros probablemente idénticos á los que se ven en África. Que pertenecían á gentes del período de la piedra pulimentada, lo confirma el hecho de haberse hallado en las sepulturas de Alhama diversos útiles de piedra y de hueso labrados, entre los cuales descuella una preciosa hacha de cuarcita con perforación en un extremo cuidadosamente taladrada. Objeto de valor inestimable acaso, que profundo amor al dueño indujo quizás á los allegados á depositar en su tumba.

Es notable coincidencia tambien que ciertas kábilas de la Argelia usen aún hoy, segun el profesor Busk, vasijas de barro para beber, cuya forma es idéntica á la que tenían algunos de los cacharros hallados en la cueva Genista, de Gibraltar, que á su vez son aparentemente iguales á los tiestos encontrados en la cueva de los Murciélagos, cerca de Albuñol, y en la Cueva de la Mujer, cerca de Alhama de Granada.

En las inmediaciones de la villa de Chiclana (Cádiz), y en los depósitos diluviales ántes citados, se halló un hacha de diorita, cuyo feldespato se encuentra completamente descompuesto y convertido en kaolin, atestiguando haber experimentado este útil muy distintas influencias que los demás de su clase esparcidos por diversas partes en Andalucía, é infiriéndose, por lo tanto, que formára parte integrante de acarreos, que contendrían, acaso, los elementos causantes de esa excepcional descomposicion.

Á ser acertada esta inferencia, posible sería que en ese supuesto desaparecido continente, que hoy cubren las aguas del Atlántico, no sólo se usára ya la piedra pulimentada, sino que se empleáran úti-

les perfectamente iguales en tamaño y en forma á los que se usaban en este país en la época neolítica; pues la pequeña hacha de que se trata es idéntica á una encontrada en la Cueva de la Mujer, diseñada y señalada con el número cinco, en la lámina séptima de la segunda parte de la Monografía en que se describe esa caverna.

Lubbock, en su *Epoca prehistórica*, refiriendo los descubrimientos de Rutimeyer en los lugares donde existían las habitaciones lacustres de la Suiza, manifiesta que, además de haberse hallado en aquellos parajes restos carbonizados del pan ó de la torta (pues carecía de levadura) que comían aquellos hombres, se encontró también, conservado en vasijas de barro, trigo toscamente molido y tostado, del que se alimentarían aquellos seres, probablemente humedeciéndolo con agua; precisamente como de trigo, del mismo modo molido y tostado, y de igual modo humedecido, se sirven aún hoy los naturales más pobres de las islas Canarias. Posible es que los indígenas de aquellas islas, los extinguidos Guanches, dejáran subsistente en su país tan primitiva, si bien poco común, manera de alimentarse; y acaso no sea aventurado suponer tuvieran en alguna época lejana inmediato contacto con los habitantes de Europa, que de igual manera se alimentaban en los tiempos en que construían habitaciones sobre pilotes en las lagunas, ó buscaban abrigo y protección en las cavernas naturales. Da inesperado apoyo á esta presunción cierta peculiaridad de los esqueletos de sus bien conservadas momias, que se observa igualmente en los de los antiguos habitantes de nuestro continente.

El agujero llamado por Darwin inter-condilar, ocurre, según el profesor Turner, sólo en uno por ciento de los europeos actuales. Esta circunstancia, ahora tan rara, era relativamente común entre los prehistóricos pobladores de Europa; pues del examen de los huesos humanos hallados en la cueva de Orrony, que se supone corresponder á la edad del bronce, M. Paul Broca observó que la cuarta parte tenían perforación semejante. En las cavernas del valle del Lesse, M. Dupont halló el treinta por ciento de húmeros así perforados, y M. Lequay, que observó los esqueletos encontrados en un dólmen de Argenteuil, notó que la proporción de húmeros que pre-

sentaban esta particularidad ascendia á veinte y cinco por ciento, relacion que tambien resultó del exámen de los esqueletos de Vaureal. Ahora bien, esta peculiaridad, segun las observaciones de Pruner Bey, es comun en los esqueletos de los Guanchos. Equivocadamente se llegó á afirmar que el cráneo de los antiguos habitantes europeos era braquicéfalo, precipitada deducccion de observaciones incompletas, alimentada, tal vez, por la prevaleciente presuncion de que la raza prehistórica de Europa debia ostentar caractéres exclusivamente Turanios. Hase visto despues que áun en esa época vivian á la par en este continente hombres braquicéfalos y hombres dolicocefalos, demostrando la experiencia, con desconcierto de los que imaginaban haber hallado ya en los restos de esos seres tan salvajes y postrados el tipo del hombre primitivo, la coexistencia áun entónces de dos distintas razas, cuyo contacto provocaria necesariamente la lucha, y cuya respectiva fuerza produjo una feliz resultante para el progreso humano.

Es probable que la raza que hoy puebla las regiones hiperbóreas viviera más hácia el Sur en nuestro continente durante la época denominada glacial, y en el subsiguiente tránsito á más templado clima, cuando, tal vez, apareció distinta gente, quizás dolicocefala y quizás no referible á la raza ária. Estos supuestos invasores acaso llegaron al norte de Europa y tal vez arrollaron hácia la region de los eternos hielos á sus competidores de entónces, que desde la época del rengífero habitan, quizá, la mayor parte del continente. El profesor Dawkins ha hecho notar la extraordinaria semejanza de las lanzas, de los dardos y de las flechas de los esquimales de la América ártica con las armas de igual clase de que se servian los habitantes de las famosas cavernas de la Dordoña, en Francia, y várias en Bélgica, así como la no menos notable identidad de ciertos hábitos; pues ni éstos hiperbóreos respetan ni aquéllos seres respetaban, al ménos ostensiblemente, los cadáveres de sus allegados, y los unos acumulan y los otros acumulaban inmundos restos en sus mansiones, patentizando ambos su aparente inmunidad contra miasmas impuros y olores y espectáculos repugnantes. Además, aquellos hombres tenían, como tienen éstos, aptitud extraordinaria para el dibujo y la

escultura, facultades no comunes entre salvajes, y por cierto que no aventajan en habilidad los artistas árticos actuales á esos incipientes Miguel-Angelos, que, viviendo en aquellas inmundas y sombrías cavernas del Mediodía de la Francia, trazaron con diestra mano el contorno del mammoth, ó vigorosamente tallaron las formas del ren-gífero. Compruébase la presunta coincidencia de ambas razas, tan separadas por el tiempo y la distancia, hasta con el hecho de ser idéntica la manera especial que aquellos seres tenían y éstos tienen de fijar sus armas en mangos, contruidos por lo comun con marfil de mammoth, adquirido en la actualidad por los habitantes de un suelo inhospitalario exhumando los restos fósiles de ese colosal mamífero en los helados escarpes de las regiones vecinas del polo; y en pasados tiempos, cazándolo el hombre paleolítico con sus toscas hachas de piedra en los glaciales páramos de la antigua Europa.

Aunque en España se han hallado restos de la naciente industria del hombre paleolítico, ó de la edad de la sílice chaffanada, como lo comprueban los interesantes descubrimientos del ilustre geólogo español D. Casiano de Prado, quien en el *Diluvium* de San Isidro, en la provincia de Madrid, halló hachas de sílice idénticas á las de Amiens, conjuntamente con restos del *cervus elaphus*, del *bos primigenius* y del *elephas antiquus* (segun los caracteriza el ilustrado catedrático de la Facultad de Ciencias de Madrid D. Juan Vilanova y Piera), y aunque en diferentes puntos de la Península se han descubierto cráneos prehistóricos braquicéfalos, predominan en este país, segun lo observado hasta la fecha, monumentos y restos de la edad neolítica, ó de la época de la piedra pulimentada; y la mayoría de los cráneos de los antiguos españoles examinados hasta hoy, corresponde al tipo dolicocefalo. Así lo comprobaron á nuestros ojos los restos humanos hallados en Alhama de Granada; y así se deduce del exámen de otros cráneos de esos remotos tiempos descubiertos en distintos parajes de España.

Segun el profesor Busk, la mayor parte de los hallados en las cuevas de Gibraltar, especialmente los que se encontraron en la célebre cueva Genista, los descubiertos en varias cavernas y dólmenes en Andalucía por el Sr. Góngora y Martinez, y el que menciona don